

HIGINIO MARÍN, *Teoría de la Cordura y de los hábitos del corazón*, Pre-textos, Valencia, 2010. 283 páginas.

Higinio Marín Pedreño es profesor titular de Antropología Filosófica en la Universidad de Ceu-Cardenal Herrera (Valencia-Elche) y autor de obras como *La antropología aristotélica como filosofía de la cultura* (1993), *De dominio Público: ensayos de la teoría social y del hombre* (1997) o *La invención de lo humano: la construcción socio-histórica del individuo* (1997).

En el libro que nos ocupa, Marín comienza recordando los orígenes de la construcción europea. Distingue entre la herencia occidental racionalista, que procede de Grecia y Roma, y la judío-cristiana que conocemos a través de los libros de la Biblia, caracterizada por la revelación y que parte de Jerusalén (pp. 15-23). A través de sugestivos ejemplos tomados de la *Odisea*, de la Biblia y de otras obras literarias, el autor presenta las diferencias que hay entre ambos modelos y resalta la riqueza que surge de su mezcla.

Según su parecer, solo a través del conocimiento de nuestra cultura occidental —a la que Marín se refiere como “mi tradición, la de un occidental latino del siglo XXI” (p. 16)— podemos recuperar conceptos clásicos y entender nuestro pensamiento actual. Es importante recordar de dónde venimos para poder discernir la realidad. Para realizar esta labor, indagar en la etimología de los conceptos le resulta fundamental y lo hace a lo largo de toda la obra.

Considerar los orígenes de Europa y de Occidente es solo el punto de partida. A partir de ahí va introduciendo el tema central del libro: los hábitos que vamos con-

formando en nuestro corazón y que nos acercan a la cordura o a la locura.

Marín distingue entre unos hábitos objetivos que conocemos como “tradicición” y unos subjetivos, que llamamos “corazón”. Los diferentes temas que va presentando están vinculados con una antropología del origen humano, en la que se consideran facetas humanas como la piedad, la sexualidad y el tratamiento y recuerdo de los muertos. Estos elementos se conectan a su vez con otros que son manifestación de la capacidad de elección del ser humano: de su libertad. Ejemplos de ello son la hospitalidad, la cohabitación, la vocación o la mutualidad (pp. 17-18).

Cuando Marín habla de cordura se refiere a la posición que tiene sentido en un contexto espacial y temporal concreto, y lo explica a través de ejemplos como el de Don Quijote, cuyas acciones no eran coherentes con el *mundo real* en el que vivía. Otro ejemplo destacable es el de Abraham que, a diferencia de Don Quijote, sí actuaba según la mentalidad de su entorno. En el mundo de Abraham, el sacrificio que este iba a realizar por obediencia a Dios sería considerado un acto heroico, mientras que en el nuestro se calificaría de locura (pp. 29-32). El autor nos advierte de que estas diferencias entre lo que se considera cordura y locura también se dan en nuestro tiempo y distinguen unas culturas de otras.

Para el autor, el problema de la locura, de lo que entendemos por salud psíquica, está relacionado con la falta de consenso que se da entre sociedades con diferentes

culturas e incluso dentro de una misma sociedad.

Para Marín la cordura no es solo cuestión de un contexto sociocultural sino que es manifestación de la propia libertad. Como ya se ha mencionado existen unos hábitos objetivos y unos subjetivos. El ser humano es capaz, a través de su libertad, de elegir un comportamiento diferente al del grupo social al que pertenece, es decir, de crear unos hábitos subjetivos, unos hábitos propios, a los que el autor denomina como del corazón. No sólo eso, sino que además, el ser humano es capaz de descubrir una misión propia y llevarla a cabo.

Por la libertad cada individuo tiene una vocación, lo que para Platón (circa 427-347 a. C.) era descubrir el fin (p. 71). Vocación es captar la llamada de las necesidades propias y ajenas y responder a ellas, haciendo uso de nuestra libertad. “Ahora bien”, precisa el autor, “la llamada secreta a la que hemos de responder se hace con un nombre cuya identificación forma parte de la respuesta, porque nunca estuvo del todo dicho antes de que respondiéramos” (p. 72).

De esta manera, la idea de *la cordura* queda íntimamente conectada con el concepto de los *hábitos del corazón*, una expresión de Alexis de Tocqueville (1805-1859) que fue rescatada por Robert Bellah en su libro *Habits of the Heart* sobre la sociedad norteamericana¹. Este concepto

se refiere a los rasgos que conforman la morfología de una sociedad, su visión de la realidad, su eticidad. La eticidad se refiere no a una moral universal aplicable a todo individuo, sino a las normas propias de un grupo de individuos que les diferencian de otros y que permiten la vida en sociedad. La eticidad no tiene vocación de universalidad.

Con estas consideraciones el autor nos muestra que el protagonista de la política no es otro que el ciudadano, y es aquí donde radica la importancia de analizar no solo las relaciones entre los ciudadanos, sino las del propio ciudadano consigo mismo, sus hábitos del corazón así como los caminos que le pueden llevar a la locura.

De todo esto se desprende que la locura del ciudadano puede contaminar la sociedad y alejar a esta del buen gobierno. Si la locura se inserta en la cultura política, esto nos puede llevar a *la banalidad del mal* de la que habla Hannah Arendt (1906-1975)². Cuando se da esta situación, el ordenamiento jurídico no sigue los “caminos de la cordura” y los ciudadanos lo acatan sin más reflexión que la de su cumplimiento, llegando incluso a cometer crímenes. El hecho de que se actúe siguiendo órdenes no exculpa al sujeto. Aunque la responsabilidad del gobernante sea mayor, Marín subraya que el ciudadano es responsable de lo que tiene delante, de lo que está en su mano hacer o no hacer (p. 65).

¹ Robert BELLAH, Richard MADSEN, William M. SULLIVAN, Ann SWIDLER, Steven M. TIPTON et al., *Habits of the heart: Individualism and Commitment in American Life* (1985), Updated edition with a new Introduction, University of California Press Berkeley, London, 1996. Hay edición española: *Hábitos del corazón*, Alianza, Madrid, 1985.

² Hannah ARENDT, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, trad. de Carlos Ribalta, Lumen, Barcelona, 1967.

Frente a la banalidad del mal, el pensamiento puede servir de protección. Marín considera que la reflexión ha de ser contemplación y admiración. De esta forma se desarrolla el gusto por lo maravilloso y, ante todo, la búsqueda de la verdad. Asimismo, se va a detener también en el concepto de *memoria*, imprescindible para poder reflexionar. El concepto de memoria va tomando distintos apellidos y contenidos a lo largo de la obra. Con la sexualidad descubrimos la memoria del *yo*, con la hospitalidad la memoria del *otro*, con el cuidado la memoria del *daño*, con el perdón la memoria *definitiva* y con la muerte la memoria viene de la mano del *olvido* (pp. 123-244).

Para nuestro autor, la memoria es una herramienta imprescindible a la hora de tomar decisiones en todos los ámbitos, ya que es necesario recordar para conocer, recordar todos los matices, los positivos y los negativos. Como apunta Jacques Derrida (1930-2004), “una memoria que no recordase la muerte y lo mortal no sería una memoria”³ (p. 193).

Junto con la reflexión y la responsabilidad ya mencionadas aparece la idea del *cuidado*. En él podemos distinguir una vertiente externa, que consiste en procurar que se preserve el otro y lo otro, lo que es ajeno a uno mismo. Además tiene una vertiente interna, en cuanto a que cuidar a otros es procurar la propia protección. Según Marín, el mayor peligro para el individuo es la locura, y para protegerse de ella no se basta a sí mismo, sino que necesita a los otros. Como Alonso Quijano

necesitaba a Sancho Panza. Así que, como nos advierte el autor, al final “el único modo de llevarse cuidado con uno mismo —y es del todo necesario no descuidarse al respecto— es cuidar de otros” (p. 196).

Por esta necesidad de cuidado y de protección mutua nacieron las sociedades. Y esta es su principal función. Sin embargo, no nos podemos quedar con la idea del cuidado solo en el plano físico. Lo cierto es que este concepto se estira hasta llegar a la protección mental o si se quiere espiritual: que cada ciudadano pueda vivir según unos intereses y unas creencias.

En la línea del cuidado aparece la *hospitalidad*. A partir de la *Odisea*, Marín presenta la idea del viaje en el que el peregrino necesita de los demás porque está en territorio extranjero. Con el peregrino nace la hospitalidad, y con la hospitalidad, el hogar. El autor considera que solo tiene casa quien sabe recibir a otros. Con ello le da un sentido más profundo a la idea de hogar: “la primera morada no es una estancia, sino un hábito del corazón” (p. 169).

En un principio existe una disposición a recibir, por parte de los individuos, que con la práctica se convierte en hábito y es lo que conforma el hogar. Con el paso del tiempo la hospitalidad va evolucionando. De la hospitalidad de los monjes nacieron los hospitales y, con la especialización, aparecieron las personas que se dedicarían profesionalmente a ejercer esta labor. Sin embargo, también van surgiendo paradojas. Los mismos lugares que fueron fundados para acoger muchas veces se han convertido en lugares inhóspitos. Esta

³ Jacques DERRIDA, *La hospitalidad*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2006, p. 136.

constatación lleva al autor a preguntarse si acaso hemos olvidado todo lo que entraña el cuidado (p. 172)

Las reflexiones sobre la hospitalidad constituyen la parte más interesante del ensayo. En ellas Marín conecta con naturalidad otros conceptos como el cuidado de los otros, el reconocimiento, los símbolos, la importancia de la comida para acoger a los demás o la figura del peregrino. El peregrino comienza a serlo cuando sale de casa, y es peregrino porque tiene un lugar al que volver. El peregrino podrá regresar en la medida en que recuerde el camino de vuelta. Y hay que tener en cuenta que “el viajero de vuelta a casa va de vuelta hacia sí mismo” (p. 59). En todo ello tienen una gran importancia la memoria y la identidad. Para explicarlo, Marín utiliza el ejemplo de Ulises y Penélope en *La Odisea*.

En esta obra, Penélope es la única que sabe quién es Ulises. Sin ella, sin el recuerdo de Ulises que ella mantiene, Ulises no podría volver a ningún sitio, no tendría casa (p. 59). El recuerdo aquí adquiere un nuevo cariz, el de sostener la propia existencia. Gracias al recuerdo de Penélope Ulises vive. Con estas consideraciones, el autor llega a una conclusión muy valiosa acerca de la importancia que tiene el reconocimiento en la identidad de los individuos: “para ser quienes somos precisa-

mos ser reconocidos. Porque el hombre sólo puede decir ‘yo’ en el espacio supuesto del ‘nosotros’” (p. 58).

En esta distinción del “yo” y el “nosotros” el autor sitúa el *pudor*. Es en el descubrimiento (p. 126) de la propia intimidad cuando el pudor nos permite reconocer a los demás como extraños, fuera de nosotros, y a la vez socializarnos con ellos.

Para socializarnos aparecen los ritos y símbolos. A través de la *comida* o del *baile* el individuo puede darse a conocer y mostrar parte de su intimidad al otro, creando vínculos como el de la amistad.

La reflexión sobre estos y otros conceptos que nos propone Marín nos ayuda a conocer con más profundidad y perspectiva los caminos de la cordura. Lo más impresionante es la forma en que se van conectando unos conceptos con otros. Se podría haber hecho de otra manera, haber incluido más conceptos y excluido otros pero el resultado es exquisito. El recorrido por todas estas experiencias vitales se convierte en el antídoto frente a la locura. Resulta difícil dudar ahora de la importancia de la reflexión, y sobre todo del descubrimiento del propio corazón, que se convierte en una buena guía para la sociedad y para el individuo.

ROCÍO VICENS